



Núm. 23. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Junio 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

**EDICION DE LUJO**  
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.  
Un mes. . . . . 12 rs.  
Tres meses. . . . . 32  
Seis meses. . . . . 62  
Un año. . . . . 120  
Madrid. . . . .  
Provincias. . . . .  
Tres meses. . . . . 38 rs.  
Seis meses. . . . . 74  
Un año. . . . . 144  
En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

**DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.**  
**REDACCION Y ADMINISTRACION**  
**Plaza de Prim, núm. 2 — Madrid**  
Los pedidos de suscripciones pueden hacerse a la misma Administración en libranzas de Giro mutuo, letras de fácil cobro o sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

**EDICION ECONOMICA**  
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.  
Un mes. . . . . 8 rs.  
Tres meses. . . . . 20  
Seis meses. . . . . 38  
Un año. . . . . 72  
Madrid. . . . .  
Provincias. . . . .  
Tres meses. . . . . 21 rs.  
Seis meses. . . . . 46  
Un año. . . . . 81

**PUNTOS DE SUSCRICION.** — Madrid: Administración, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Baillière, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. López, Cármen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sánchez Rubio, Carretas, 31; Guíjarro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P. del Sol; y Administración de EL CASCABEL, Plazuela de Matute, 2. — **PROVINCIAS.** En Barcelona, en la Administración del Correo DE LA MODA, calle del Cármen, 24, 4.º; en Valencía, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos — En París Mr. François Ebhardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 53, rue Tailbout.

#### SUMARIO.

La romería de San Antonio de la Florida, por X.—Una noche en el campo, por Teodoro Bullenger.—Colon, poesía, por Francisco Aponte Ayllon.—Descanto, poesía, por Isabel de Villamartin.—La mujer que ama, poesía, por el Dr. López de la Vega.—San Juan de las Abadesas, por P. P.—La curiosidad, por Ángela Grassi.—Vista de Venecia, por Nicasio Alvarez.—Estudios zoológicos: El gorilla, por Felipe Carrasco de Molina.—Revista quincenal, por Sofía Tartilan.—Explicación del figurin.—VARIÉDADES: Charadas.  
GRABADOS.—La romería de San Antonio de la Florida.—Cláustro del antiguo Monasterio de San Juan de las Abadesas, en las montañas de Cataluña.—Vista de Venecia.—El gorilla.

cadores las del cielo, según que hayan ó no satisfecho la contribucion de penitencia que deben por sus culpas. De todos modos es lo cierto, que bajo la advocacion de San Antonio se fundó la ermita, que se llamó San Antonio de la Florida, por estar inmediata al real sitio de este nombre.

Por espacio de cuarenta y ocho años, continuó esta ermita tal como la habian erigido sus fundadores; pero en

pues solo duró veintidos años. En 1792 se construyó al fin en el mismo sitio la ermita actual, cuya vista exterior damos en este número. Su fachada principal consta de un solo cuerpo, adornado de dos pilastras dóricas sobre zócalo de granito, en las cuales se apoya el cornisamento coronado de un frontispicio triangular con las armas reales. En el centro de esta fachada se ve la puerta, cuyas jambas, ménsulas y fronton triangular, son de piedra de

Colmenar. A los costados del templo, hay dos habitaciones abovedadas, que se unen por la parte posterior de aquel, y que constan solo de planta baja, y sirven de vivienda al teniente cura, y al capellan auxiliar.

Lo interior forma cruceiro, adornado de pilastras corintias y cerrado por una hermosa cúpula. El retablo del altar mayor es de estuco y en su centro se halla la imagen de San Antonio de Pádua, labrada por Ginés. Los dos retablos colaterales, tambien de estuco, contienen cada uno un buen cuadro ejecutado por el pintor de cámara de

#### SAN ANTONIO DE LA FLORIDA.

Entre el sitio llamado la Moncloa, y la Montaña del Príncipe Pio, allá por los años de 1720, se erigió a costa de una floreciente institucion, titulada el Resguardo de las rentas reales, una ermita cubierta de estucos en todo su interior, y de sencilla apariencia en lo exterior. A ella acudian los dignos individuos del Resguardo, con el fin de pedir al Altísimo por la intercesion de San Antonio, el santo titular de la ermita, que les diese buena mano derecha para dirigir el estoque investigador en busca del contrabando. No consta lo que pudo inducir á estos fieles á escoger entre toda la corte celestial á San Antonio para su patrono. Seguramente, San Antonio nada tuvo que ver durante su vida con las rentas reales; más bien parece que debería haber sido el elegido San Pedro, por la analogía, aunque remota, que algunos pudieran hallar entre los derechos de puertas, y el poder de abrir ó cerrar á los pe-



LA ROMERIA DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA.

1768, no habiéndose cuidado de su conservacion lo bastante, quedó arruinada, al tratar de construirse el camino del Pardo.

Luego que esta obra estuvo concluida, volvió San Antonio á ser adorado en el mismo lugar y en otro templo más nuevo, edificado en 1779, templo que no debió ser tan sólido, ni de tan bella apariencia como el primero,

Carlos IV, Jacinto Gomez: el que está á la izquierda representa á la Virgen de la Concepcion en un trono de nubes, adorada por San Carlos Borromeo y San Fernando; y el de la derecha ofrece las imágenes de San Luis y San Isidro, habiendo tal vez querido el artista significar por la reunion de estos dos Santos en un mismo lienzo, la alianza entre las Cortes que respectiva-



mente representaban: la de Luis XVI, que un año después debía ser lanzado del trono, y la de Carlos IV que diez y seis años más tarde debía abandonar, aunque no de un modo tan desdichado y sangriento, el trono y la patria.

El pavimento de la ermita es de mármol; y de la cúpula cuelga una bonita lámpara de bronce con una corona real, de la cual se desprenden collares del Toison que rematan en la parte inferior en un precioso grupo de niños, con las manos extendidas, en actitud de llamar al templo á los fieles, sean ó no del Resguardo de rentas.

No terminaremos esta descripción sin hablar de los frescos que adornan la cúpula y las bóvedas de esta capilla, frescos debidos al célebre artista D. Francisco Goya. En la cúpula pintó Goya á San Antonio predicando á un numeroso auditorio, en cuyos semblantes y actitud se observan las diversas emociones que las palabras del Santo despertaban. En las bóvedas, á semejanza de otros grandes pintores, retrató en figura de ángeles á muchas señoras de la corte de Carlos IV, que en verdad tenían cara de tales, aunque no dice la historia que lo fuesen.

Tal es la ermita alrededor de la cual todos los años el 12 de Junio por la noche, y el 13 por la mañana y tarde se reúne una gran muchedumbre de pueblo á festejar al Santo. No es esta fiesta tan concurrida como la que un mes antes ha celebrado Madrid á su patron San Isidro; pero en cambio tiene el doble carácter de *verbena* y *romería*, privilegio reservado tan solo á San Antonio, no solamente sobre San Isidro, que es *romería* solamente, sino sobre San Juan, San Pedro, el Carmen y Santiago que no pasan de ser *verbenas*. En efecto, en la noche del 12, desde la plaza Mayor á las inmediaciones de la ermita alternan los puestos de flores, dulces y bebidas; no lejos del templo, se establecen músicas y bailes; y la noche por lo regular serena y no muy calorosa, se invierte por los devotos en regocijos más ó menos inocentes.

El día 13 al amanecer, el paseo por la frondosa arboleda á cuyo borde está la ermita, atrae una concurrencia alegre y numerosa, más tranquila sin embargo que la de la noche anterior, y la que ha de animar el cuadro en la tarde inmediata. Por la tarde, el bullicio se aumenta, y el cuadro se asemeja bastante al que ofrece la pradera de San Isidro en el día del Santo.

Del mismo modo entre las risas y los gritos, resuenan los ecos destemplados de la guitarra, ó el rumor cadencioso del baile, mezclado con el alegre chillar de las sartenes, en las que saltan las doradas tortillas que en union de la negruzca bota, componen la indispensable merienda. ¡Dichosa tarde, y dichosa verbena que es un alto en el triste camino de la vida!

## X.

## UNA NOCHE EN EL CAMPO.

## I.

Existen ciertos sucesos, acaecidos durante alguno de los períodos de nuestra vida, que jamás se olvidan, porque producen impresiones más ó menos fuertes, segun el sistema nervioso de cada uno.

Por lo mismo es de extrañar que haya quien sostenga no haber tenido miedo jamás; pues llega un día en que el máspreciado de valiente se estremece ante un ficticio fantasma, hijo solo de su exaltada imaginación.

Es cierto que los seres de conciencia tranquila, y además poseedores de una vasta instrucción, se rien de sus pueriles temores, cuando los momentos de intranquilidad han desaparecido; pero no por esto dejan de confesar, que en el momento que les abandona su sangre fría, están dispuestos á dar crédito hasta los mismos cuentos creados por la rica fantasía de Hoffman y Poë.

En las horas silenciosas de la noche, que consagramos al trabajo, cuántas veces creemos percibir pasos detrás de nosotros; un ruido, cualquier cosa, nos sobrecoje y nos hace estremecer.

Preguntad al niño de tres ó cuatro años, ser que nada sabe, que no puede sospechar ninguno de los arcanos del mundo, por qué á lo mejor de sus juegos y de sus risas, se pára, y con secreto terror dirige su vista hacia una próxima habitación que permanece envuelta en la oscuridad, porque los rayos de luz del vecino quinqué ó pálida bujía, no logran penetrar en aquel recinto de tinieblas, y sobresaltado por súbito temor, se le hiela la sonrisa en los labios y cesa su comunicativa alegría, hasta que una mano amiga, compadecida de sus terrores pueriles, disipa la negra sombra con un destello de claridad. ¿Por qué ha temido? Preguntad al porvenir, al presente, y si os pesan ya los

años, recorred en un segundo el camino que durante tanto tiempo venís regando con lágrimas, y decidme: ¿No habeis temblado nunca al considerar el vacío que nos envuelve?

## II.

La misma tarde que dejó de existir el más querido de mis amigos, y hallándome sumido junto á su cadáver, en las más sombrías meditaciones, recibí una carta de mi padre anunciándome que mi hermana Eugenia se había indispuerto de repente y que los síntomas eran alarmantes, por lo cual me rogaba me pusiera en camino inmediatamente.

Esta noticia contribuyó á aumentar mi congoja, hasta convertirse en semi-desesperación.

Por último, me decidí á concluir las diligencias necesarias para el entierro de mi pobre amigo. Pasé la noche velando al pie de su frío lecho, sin que el imponente espectáculo de la muerte, me produjera otro efecto que un dolor terrible, sin el consuelo ni el desahogo de las lágrimas.

A la mañana siguiente, después de dar el último adiós al que había sido para mí cariñoso hermano y leal amigo, me despedí de aquellos tristes restos, regando con dos ardientes lágrimas la removida tierra, y me puse en camino sin pérdida de tiempo.

Profundamente afectado por la acerba desgracia que acababa de experimentar, el delicioso paisaje que se extendía ante mis ojos no lograba distraerme de mis lúgubres pensamientos.

Mi cabeza reclinada en un rincón del carruaje, parecía un volcán. Oía mil ruidos extraños, y me parecía estar acompañado de una incesante y desacorde música, que me hacía padecer horriblemente. Cada vez que el postillon animaba á los caballos con su esforzada voz y crugiendo el látigo, me estremecía. Entonces dirigía la vista hacia los lados del camino: me impacientaba por la lentitud con que se arrastraba el carruaje. Este se paró varias veces para mudar de tiro, y por algun otro incidente, y en cada parada, árboles, frutos, campos y flores, en confusión, daban vueltas por do quiera que miraba.

Como todo tiene término en este mundo, también lo tuvo mi viaje. Después de seis horas de zozobra, arribamos á un pintoresco pueblecillo, desde el cual la granja de nuestra propiedad distaba muy poco.

Al bajar del carruaje vino hacia mí un robusto mozo, trayendo por las riendas un terco de buena estampa.

Sin darle tiempo de darme la bienvenida, preguntéle con ansiedad el estado de mi hermana, y tuve la satisfacción de saber que gozaba ya de perfecta salud, pues gracias al cielo su enfermedad no había pasado de ser una indisposición ligera.

¡Oh! después que la angustia se ha apoderado de nuestro ánimo, y revive por último la esperanza y la tranquilidad, es indecible el placer que experimentamos, y todos los objetos que antes parecían contribuir á hacer más triste y sombría nuestra existencia, se revisten de los risueños colores de la alegría.

En aquel momento olvidé la muerte de mi amigo, respiré con libertad, y montando á caballo, dejé el pueblo para entrar en una ancha y florida senda, regocijándome á la vista de los bien cultivados campos de nuestra granja, contemplando con delicia el precioso panorama que más allá se extendía, hasta perderse y confundirse con el horizonte en aquella sazón sembrado de cenicientas nubes.

Divisé la fachada de la granja... y á los pocos instantes estrechaba entre mis brazos al padre que me dió el ser, y á la hermana querida que temía me arrebatare la muerte; formando juntos un grupo interesante que no hubiera desdeñado el pincel más autorizado; ¡conmovedora y verdadera alegría, que solo la prestan los lazos sagrados de la familia!

Pasé una tarde casi deliciosa, que hubiera tenido entero este calificativo, á no mediar el recuerdo de mi caro amigo.

Visité, en compañía de mi hermana, todas las dependencias de la casa, parte de los campos, de los olivares y del bosque. Pasó el tiempo volando, y sin sentirlo llegó la noche. Se reunió la familia en el gran comedor y dió principio el rosario, rezándolo todos con la fe sencilla de los campos, que pura sale del corazón y se eleva hasta lo infinito.

Media hora después empezábamos una alegre cena, que la conversación prolongó hasta bastante tarde; y cuando los ojos de todos comenzaban á cerrarse, nos despedimos para entregarnos al descanso.

Se continuará.

TEODORO BULLENGER.

Ayuntamiento de Madrid



## COLON.

A mi buena amiga

D.<sup>a</sup> Angela Grassi.

¿En dónde están las arpas que deliran  
Y el génio ilustre de Colon no cantan?  
¿En dónde, los cinceles que suspiran  
Por la gloria inmortal y no levantan  
Una memoria al génio?  
¡Levántate, arte audaz!.. ¿Es que te arredra,  
A tí tan arrogante,  
Modelar la figura de un gigante  
En el bronce ó la piedra?

Colon, génio inmortal, tú te elevaste  
A la region del cielo  
Cual águila soberbia, y aspiraste  
El virginal aroma de otras flores,  
Y en tu anhelar profundo,  
Del sol á los ardientes resplandores  
Al mar inmenso arrebataste un mundo.  
Solo las alas de tu fe esplendente  
Tocábanlo argentino...  
Solo en la luz flotaba de tu frente  
Como en sueño divino.  
Tú un más allá mirabas rutilante  
En donde el mar cansado replegaba  
Su manto de esmeraldas, tremulante.  
A tu voz que admiró la muchedumbre  
De "paso al genovés", el *non plus ultra*  
Se sepultó en el mar. El sol entonces  
Tranquilo vió bajo su hirviente lumbre,  
Dilatarse las tierras españolas.  
Del místico Jordan se levantaron  
Con cánticos divinos puras olas,  
Y el mundo de Colon sacras besaron.

Mudo de pasmo veo  
Dibujarse figuras gigantescas  
En el cristal inmenso de la historia;  
Levantarse á su aliento soberano  
Imperios y naciones.  
El génio alzar y escribir su nombre  
Al fuego sacrosanto de la gloria,  
Con poderoso anhelo  
En las brillantes páginas del cielo;  
Henchirse los espacios de luz pura;  
Miro la ciencia brava  
Con su esfuerzo potente hacer esclava  
A su antojo á natura,  
Domeñar á los mares,  
Darle el vuelo del rayo á la palabra;  
Paso abrirse veloz locomotora  
Entre montes y rocas seculares...  
Más no ví un génio que, hacedor, se alzara,  
Como Colon, profundo,  
Y de Dios en la cumbre se inspirara,  
Brotar haciendo de su frente un mundo.

¿Y qué te dió la humanidad en premio?  
Tú la diste riqueza,  
Y ella en su afán impuro  
Te dió llanto, pobreza  
Y un calabozo oscuro!..

¡Ingrata humanidad!.. Más ¿qué te espanta,  
Sensible corazón? ¿No llevó un día  
Un pueblo turbulento,  
Al autor de la luz y la armonía  
Al Gólgota sangriento?  
¡Injusta humanidad!.. tus liviandades  
Mengua y execración siempre dejando  
Por huella van en todas las edades.

Colon, génio inmortal, sé compasivo  
Con tu posteridad si no te venga.  
Yo te miro en el cielo,  
Blancas nubes sirviéndote de alfombra,  
Más no miro en el suelo  
El bronce oscuro proyectar tu sombra.  
El Arte para tí duerme, cansado,  
En lecho de laureles...  
¿Más qué te importa á tí que tu memoria



Deje el mundo en archivos escondida?  
Tú eres grande, Colon, tuya es la gloria,  
Y el baldon de la edad que así te olvida.

FRANCISCO APONTE AYLLON.

### DESENCANTO.

En la alegre mañana de mi vida.  
Pasé cerca de tí;  
Y tú al verme cruzar por los pensiles  
Corriste en pos de mí.

Cual si fuese dorada mariposa,  
Tu amor caza me dió;  
Y al verme prisionera entre sus redes,  
Mi sér se estremeció.

Poco á poco en la llama de tus ojos  
Yo me sentí abrasar.....  
¡Quién creyera que al verme envuelta en fuego  
Te habías de alejar!

ISABEL DE VILLAMARTIN.

### LA MUJER QUE AMA.

SONETO.

Dulce y amante, plácida y serena,  
Como las notas de un sublime canto,  
Es la mujer que ama, tierno encanto,  
Que el pecho de placer y gloria llena.

Siempre afanosa, complaciente y buena,  
Tiende del alma el cariñoso manto,  
Que enjuga el triste y abundoso llanto,  
Que arranca la aflicción, brota la pena.

No atiende más que al hombre á quien adora,  
Y ciega con su fe que la engrandece,  
Sumisa á ella vive á toda hora.

Es planta de virtud que no fenece,  
Más bella que los rayos de la aurora,  
Que con las gracias de su amor florece.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

### SAN JUAN DE LAS ABADESAS.

I.

San Juan de las Abadesas, villa insigne de la provincia de Gerona, diócesis de Vich y partido de Ribas, se halla situada casi á la mitad del hermoso y pintoresco valle de Ripoll, en una pequeña llanura á la parte oriental y margen izquierda del Ter. Esta poblacion, cuyas noticias no se remontan más allá del siglo V, no ha sido la Beseda romana de Ptolomeo, como erradamente supuso Marca, sino Rivopolleto ó pequeño Ripoll, nombre que, como el de su vecina y verdadera hermana, es tomado del valle, al que lo dieron los celtas por la confluencia de tantas aguas, que formando bellísimas cascadas al saltar de sus vallados, montes y colinas, van á unirse al majestuoso rio que lo cruza de Este á Oeste en toda su extension. Los celtas á la par del nombre, le dejaron sus sepulcros, algunos de los cuales se han hallado en Ripoll, en Surroca y varios puntos del valle. Los romanos dejaron marcado su paso con las gruesas argollas de hierro, que en señal de conquista dejó Pompeyo, elevadas en algunos de los puntos más altos del mismo valle, las que, halladas en este siglo, se hubieran conservado á caer en manos inteligentes: los mismos romanos edificaron el grande y atrevido puente, cuyo centro mide 20 metros de elevacion sobre el nivel de las aguas del rio, puente que destruyeron los árabes con la villa y su gótico monasterio en 874, para que Wifredo el Velloso no hallase de su conquista más que un monton de ruinas.

La villa de San Juan presenta en su exterior el aspecto de una plaza naturalmente fuerte, por estar rodeada de las aguas del Ter y del Samala que se une á su pié: pordentro ofrece el aspecto de una poblacion moderna, con sus quince calles rectas y simétricamente distribuidas y cuatro plazas, la mayor de ellas con arcos ó soportales en sus tres partes, los que tienen alguna reminiscencia del estilo

árabe; pero lo que la engrandece mayormente, son sus dos templos, especialmente el de la suprimida Colegiata, que puede ser considerado en verdad como un museo de antigüedades y bellezas artísticas. Este augusto templo, reedificado por Wifredo el Velloso en 847, y abierto al culto público en 24 de Junio de 875, y al que dió más anchura el abad Poncio de Munnells en 1149, presenta la figura de una cruz latina, formando las extremidades del tronco el triple abside, prebisterio y el coro; y la capilla del Rosario y las colaterales de la pila bautismal las de sus brazos, midiendo el primero 266 palmos de longitud con 43 de latitud, y 184 con 40, los segundos. A lo largo de su única nave, cuyas sólidas paredes son el apoyo de su bóveda de cañon seguido, cuyo arranque es una sencillísima moldura, no hay columna alguna ni capillas; las que solo se hallan en sus brazos, como las puertas de su entrada, todo de peña cimbra y destituido de adorno. Solo hay cuatro columnas torales en los ángulos del presbiterio, al lado de los cuales quedan dos corredores que conducen al ábside. Todo tiene una sencillez severa y majestuosa, que al tiempo mismo que no excluye la grandiosidad, eleva el alma á lo más sublime de las meditaciones religiosas.

El coro es una obra maestra del arte, con dos órdenes de asientos: los más altos presentan en relieve, bajo la cornisa de su respaldo, las principales escenas del Nuevo Testamento, y en un punto más bajo unas extrañas y variadas figuras, que tienen en rótulos los versículos análogos, entallados en caracteres góticos, entre varios arcos ojivales en relieve, con otros adornos mistos.

El retablo del altar mayor, empezado, ó mas bien trabajado en 1505 por Pedro Torrents de Binbodi, y acabado de plantar á últimos de aquel siglo, es de estilo gótico florido, con su bello remate de atrevidas agujas de crestería, todo dorado con primor. Lo componen en su mayor parte cuatro cuerpos de pinturas de estilo puristas, obra del florentino Hilario Carusio, representando los principales hechos de la vida del Precursor y del Discípulo amado; en medio de los cuales descuellan dentro de sus nichos con sus pináculos ó doseletes, las colosales estatuas de los Santos Juanes, el Bautista y el Evangelista, obra de Alfonso Rams, portugués del 1497, hechas de una sola pieza de nogal cada una, la primera de las cuales es bellísima, y presenta al Bautista como un hombre demacrado por la penitencia, con su faz tostada por los rayos del sol, cabellera crespa y desgreñada, rostro severo y cubierto su cuerpo con la piel de camello, en la que se repara la parte perteneciente á la cabeza del animal que cuelga junto á las rodillas del hombre del desierto.

La mesa de dicho altar se adorna en determinados días con frontales de admirable belleza, los que por el primor de sus bordados y su estilo típico, como tambien por su antigüedad, excitan la curiosidad de cuantos visitan dicho templo.

El primero, de damasco carmesí, representa la escena de la Anunciacion, y al ver al ángel arrodillado ante la Virgen con el mayor respeto, vestido con túnica blanca y una especie de dalmática de oro, con los bucles de su rubia y rizada cabellera, la viveza de su mirada y el bello plumaje de sus alas, parece imposible que un pintor ejecutase con el pincel una obra tan perfecta como la de esa bordadura; un lirio media entre él y la Virgen, la que, vestida con túnica verde y manto azul, arrodillada y fija su mirada en el suelo, con su ademan marca bellísimamente la humildad y el candor. Es obra del siglo XII, reparada en el XV por el canónigo Llovera, cuyo escudo de familia se añadió en ambos lados de las figuras. El segundo, de terciopelo azul, representa la Adoracion de los Reyes. Los trajes, los ademanes, los bordados laterales, todo es perfecto y riquísimo en esta obra del siglo XIII, costeada por Jaime Tenes, rico mercader de la villa, de quien es el Escudo de armas que está en la parte superior. El tercero, de terciopelo negro, representa al cadáver de Jesús sobre las rodillas de su madre; se hallan tambien los trofeos de la Pasion y las imágenes de los Santos Patronos. Está todo recamado de oro, y la parte de sombra de los miembros de Jesús es sobremanera esquisita labor; fué obra del siglo XIII, costeada por Pedro Mártir Tolcrá y la casa de Cardona. El cuarto, regalado por el abad don Arnaldo de Vilalba en 1393, es de seda carmesí, y es llamado el de los Evangelistas por sus bellas figuras de variados trajes, verdaderamente hebreos, en medio de los cuales está el Salvador sentado en una silla real gótica, en actitud de bendecir con su derecha y teniendo en su izquierda el mundo, en el que se leen los nombres de sus tres partes entonces conocidas. Es tambien de dicho abad una capa pluvial de terciopelo carmesí, llena de bordaduras y figuras de estilo florentino, que á su mérito reúne haber sido dicho terciopelo fabricado en Amberes para el antipapa Luna; como tambien debe esta iglesia al citado mercader Tolcrá el paño mortuorio de los Abades, el que,

si bien deteriorado y malogrado por alguna persona ignorante, es aun una pieza riquísima por sus bordados en oro, y su estilo singular. En medio de él se halla un cadáver y sobre él dos ángeles que presentan el alma ante el tribunal del Juez Supremo, que está en la parte superior sentado bajo unos góticos arcos de oro de exquisito gusto. La ignorancia y el mal gusto han destruido otras varias obras de esta clase, cuyo primor revelan los pocos restos que ha sido posible recoger.

Adornaba tambien antiguamente el altar una cruz bizantina, la que ha estado oculta ó olvidada muchos siglos, y pertenece, segun ciertos datos, á la iglesia del monasterio arruinado por los árabes; obra antiquísima, á lo que parece, de últimos del siglo IV, y tiene tres palmos de longitud. La efigie del Redentor está clavada con cuatro clavos, y vestida con traje imperial de Oriente, de esmalte azul, llevando en su cabeza una extraña corona real. En lugar del rótulo *Inri* se ve el Alpha, y *Omega* griegas, adoptadas entónces por los católicos para significar el *principium et finis*, emblemas de la divinidad de Jesús, contra el error de los arrianos. La Virgen, San Juan y las Marías están representados por unas figuritas esmaltadas en los extremos superior y laterales. En el dorso se ve al Salvador de medio cuerpo y los símbolos de los Evangelistas en los cuatro extremos, todo esmaltado. Existen tambien retiradas en un armario de la sacristía otras dos cruces bizantinas de plata, con bellos esmaltes, la primera fabricada en 1015 y la segunda en 1092.

P. P.



### LA CURIOSIDAD.

Era el anocheecer de una tarde de Abril, cuando divisamos á lo lejos el alto cerro de Poyales. Poníase el sol, y los dorados celajes flotaban por el ambiente, destacándose sobre el puro azul del cielo. Bello es el primer rayo de la aurora, bello es ver despertarse por grados á la naturaleza y saludar la venida del astro rey con cantos, murmullos y perfumes; pero mucho más bella es la luz violada del crepúsculo; mucho más bella es la semi-oscuridad que va envolviendo por grados el universo, y trueca los cantos y murmullos en plañideras quejas. El alba destierra de todas partes la sombra, y no hay soto, no hay bosquecillo que no se vea invadido por los reflejos de su luz brillante y esplendorosa; el sol poniente manda á la tierra sus rayos oblicuos, y si dora la cima de los árboles, deja en la oscuridad el espeso follaje, que va tomando un color verde oscuro, y forma esos admirables contrastes que cautivan el espíritu y le dejan sumido en una contemplacion deliciosa.

El espíritu humano ama lo vago, lo misterioso, lo desconocido, y la mayor belleza de un paisaje consiste en esos mil recodos, ocultos por un picacho saliente ó por un grupo de árboles desquebrajados, en esas mil quebradas en cuyo fondo crece la yerba, y que rodean como una cinta negra los cuadros iluminados. El hombre ama lo misterioso, lo indefinible, porque aspira á lo infinito, al mas allá que presiente, y desdeña lo que puede abarcar con sus miradas.

Pero si está lleno de encantos en todas partes el crepúsculo de la tarde, nunca tiene un velo más misterioso y sublime que cuando cobija el cerro de Poyales, que descuella en el terreno conocido con el nombre del Abadengo, situado entre la provincia de Salamanca y la de Ciudad-Rodrigo.

A su falda se eleva la villa de Redonda, en cuyo rededor se agrupan las de Lumbrals, Hinojosa, San Felices, Fregeneda y Sobradillo.

Todas estas villas se hallan situadas en una rinconada que describen los rios Agueda por el S. y Huebra por el N., al desembocar uno y otro en el Duero, que forma la division con Portugal por el O.

Nada hay tan hermoso como el panorama que presentan todos estos pueblos, vistos desde la vertiente opuesta, especialmente en el mes de Marzo, cuando están floridos los almendros, que crecen allí con abundancia.

Este terreno forma casi una península, circundada por los tres rios, y parece un oasis delicioso flotando sobre las aguas, siendo quebrado y lleno de accidentes; presentan un raro contraste los altos picachos cubiertos de árboles



seculares, y la vegetación riente y florida de los angostos valles. Y por todas partes pintorescos pueblecillos, blancas casitas que parecen asomarse ruborosas entre el follaje, cristalinos arroyuelos y fuentes murmuradoras. A una vertiente cubierta de viñedos, se opone otra vertiente árida y agostada, por la cual se despeñan espumosas cataratas, que caen mujendo de roca en roca, y van á ocultarse en los hondos precipicios.

Aislado casi del resto de la tierra, parece que en aquel delicioso oasis deberían haberse refugiado la virtud, la paz y la justicia. Y no obstante no es así: donde crece la tosca ruda, allí se percibe su olor acre y nauseabundo: donde habitan hombres, allí se descubre el rastro de los vicios.

A la mitad del cerro de Poyales se ven unas ruinas ennegrecidas, de las cuales solo se ha salvado una ermita dedicada á San Leonardo.

¿Qué origen tienen esos espantosos dramas sociales que separan para siempre al padre de los hijos, al esposo de la esposa, al hermano de su hermano? ¿Qué es lo que arranca su patrimonio al huérfano, su virginal aureola á la joven desposada, que hasta marchita los laureles que crecen sobre la tumba do busca un asilo el génio?

Una palabra pronunciada por unos lábios que sonríen, y sonriendo llevan la muerte y la desolación á mil felices corazones.

¿Y no es solo la felicidad individual la que atacan esas horribles fúrias, no! Como cubren su deformidad con trajes de crugiente seda; como ciñen su frente de flores y la máscara que oculta su rostro es insinuante y halagadora, giran en todas las órbitas, penetran en todos los círculos sociales, y como nadie desconfía de ellas, preparan á veces las grandes catástrofes de las naciones y determinan la caída de los imperios...

Alvarado era un anciano severo, amante de su rey y de su patria. A los primeros rugidos del león de las Españas se enardeció su sangre, y fué también el primero en gritar venganza. Su hijo Bernardo corrió á alistarse entre los voluntarios que intentaban sacudir el yugo en la provincia de Salamanca; Eduardo, el futuro esposo de Bruna, solo consiguió casarse con ella, partiendo en el mismo instante á levantar una guerrilla en la de Ciudad-Rodrigo. Bruna permaneció con su padre, llena de zozobra por la vida de aquellos amados seres, y viviendo en el más completo retraimiento.

Pasó el tiempo con su rapidez acostumbrada.

Una noche, una navecilla atravesó el Duero, y una sombra se deslizó recelosamente entre el follaje. La casa de Alvarado estaba construida sobre la misma orilla del río.

A ella, pues, debió dirigirse la sombra.



CLAUSTRO DEL ANTIGUO MONASTERIO DE SAN JUAN DE LAS ABADESAS EN LAS MONTAÑAS DE CATALUÑA.

Entramos en la ermita, en la cual aun se divisan las huellas de un voraz incendio.

El ermitaño era un octogenario, cuyo rostro estaba iluminado por la fe, como el de los apóstoles y los mártires. Al salir del santuario, le preguntamos la causa de aquella devastación que contrastaba tan elocuentemente con la fértil y risueña naturaleza.

—La historia es algo larga, dijo el anciano; sentaos sobre este murallón cubierto de musgo, y descansareis de la fatiga de vuestro viaje.

La luna brillaba en el cielo, el aire era perfumado, el paisaje delicioso: nos sentamos, y el viejo empezó su historia de este modo:

—¿No habeis oído decir que basta á derrumbar los altos cedros del Líbano un pequeño gusano oculto en sus raíces? Hay crímenes tan espantosos como el robo y el asesinato; pero como están en la naturaleza de todos, como no nos enseñan desde la infancia á aborrecerlos, como solemos cometerlos por juego y pasatiempo, no luchamos con ellos ni les damos importancia.

El ópio es una bebida agradable y que produce sueños deliciosos, y sin embargo el ópio mata.

De todas las furias abortadas del infierno, ningunas parecen más inofensivas que la curiosidad y la maledicencia, y no obstante ninguna siembra su camino de tantos desastres, lágrimas y sangre.

Ved, estas ruinas formaban un pueblo rico y floreciente hace muy pocos años... ¿Dónde están sus casas de piedra sillar, sus felices habitantes, los numerosos rebaños que pastaban en estas laderas? ¿Qué se han hecho su industria, su comercio? ¡Ahora solo se ven ruinas silenciosas, entre las cuales se balancea el horrible esqueleto de la muerte!

¿Y qué es lo que ha producido tan rápido y espantoso cataclismo? Una palabra ociosa, pronunciada por una boca casi infantil que sonreía. Escuchadme.

¿Veis esa torrecilla medio inclinada hacia el suelo? Pues formaba parte de una casa solar, la principal del pueblo. Se llamaba de Alvarado.

Tres solos individuos habían quedado de la noble familia que la poseía: un anciano ciego y dos hijos suyos, un gallardo joven y una tierna niña.

Era en tiempo en que una nación ambiciosa quiso ahogar nuestra independencia, y ahorrer nuestras plantas con cadenas.

Pero el pueblo español no ha nacido para ser esclavo, el pueblo español se levantó como un solo hombre, y empezó la guerra santa.

Los franceses, á su fingido paso para Portugal, habían dejado guarnecidas las crestas de estos montes con fuertes destacamentos de tropa. Estábamos tan oprimidos, que una palabra, un ademán, una sospecha, podía hacer sega á nuestros guerreros.

La curiosidad es un argos, que en vez de cien, tiene mil ojos siempre abiertos.

El día siguiente fué un gran día para las mujeres de San Leonardo.

Reunieronse todas, celebraron consejo, y nombraron á una comisionada, para inquirir con todos sus detalles el suceso de la víspera.

Esta era una bella joven de veintiocho años, que tenía marido, dos hijos, muchos criados y numerosos rebaños, y que no cuidándose de nada de todo esto, no sabía en qué pensar.

Pasó toda la noche agazapada entre los cañaverales de la orilla, y no divisó ninguna sombra.

Pero al día siguiente se observó que las matas de yerba estaban aplastadas desde la margen del río hasta la parte posterior de la casa.

Era evidente que ó la vigilante se había dormido, ó había equivocado la hora.

Volvió á reunirse el consejo, volvieron á renovarse las deliberaciones, y se nombró á otra comisionada.

Esta era una mujer de sesenta años, y la experiencia la hizo más cauta.

Supo que el viejo criado de Bruna había comprado mayor cantidad de provisiones que la acostumbrada, y que un buhonero de Castilla, como llaman los naturales, á los que habitan más allá del Istmo que los une con la





EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras.*

Plaza de Prim II, 3.



tierra, había sido comisionado para llevar á la joven todo el hatillo de un recién nacido.

—¡Escándalo! ¡infamia! vociferaron las comadres al reunirse.

Pasáronse quince días en infructuosas indagaciones; pero en estos quince días se averiguó que Bruna no había salido de casa ni aun para ir á misa.

—¡Como esa impertinente no tiene más que dos viejos criados, ciegos, mudos y sordos, es imposible averiguar el misterio! exclamó una matrona indignada, mientras hundía dos bizcochos en su pocillo de chocolate.

Porque la respetable asamblea, para resarcirse de sus trabajos, solía amenizarlos con una sabrosa merienda.

—Dejad, yo tengo mi idea, dijo una jovencilla de veinte años, blanca y rubia, que parecía formada por el amor y la inocencia.

Y efectivamente tenía un diabólico plan.

Aquella noche una deshecha tempestad descargó con

Andrea tenía una imaginación ardiente, y en un momento se forjó toda una novela.

Porque esto es lo que hay de más infame, esto es lo que hay de más horrible en la curiosidad maldiciente. Es que levanta un grandioso edificio sobre espuma; es que aunque el edificio se derrumbe, cada una de sus piedras es guardada religiosamente por aquellos que se complacían en ver cómo se elevaba. Es que planteamos una teoría sobre frívolas deducciones, sobre falsas apariencias, las cuales, aunque fuesen ciertas, siempre podían atenuarlas las causas que las motivan. Cuando murmuramos con esa ligereza, con esa acritud propia de la pequeñez de nuestro espíritu, no pensamos que si nos hallásemos en la situación del calumniado acaso obraríamos del mismo modo. ¡Oh, Dios mío, Jesucristo no quiso condenar á la mujer impura, convicta de sus excesos, y nosotros nos consideramos con derecho á tirar, sin examen ni reflexión, la primera piedra á nuestros hermanos,

casa de Alvarado; pero en lugar de ver al oficial vió á la misma Bruna salir por la puerta del patio y entrar en una barquichuela, la cual, guiada por ella misma, se deslizó rápidamente sobre la tranquila superficie.

—Es ella la que acude á la cita, pensó Andrea; es preciso obligarle á él que venga para cerciorarnos.

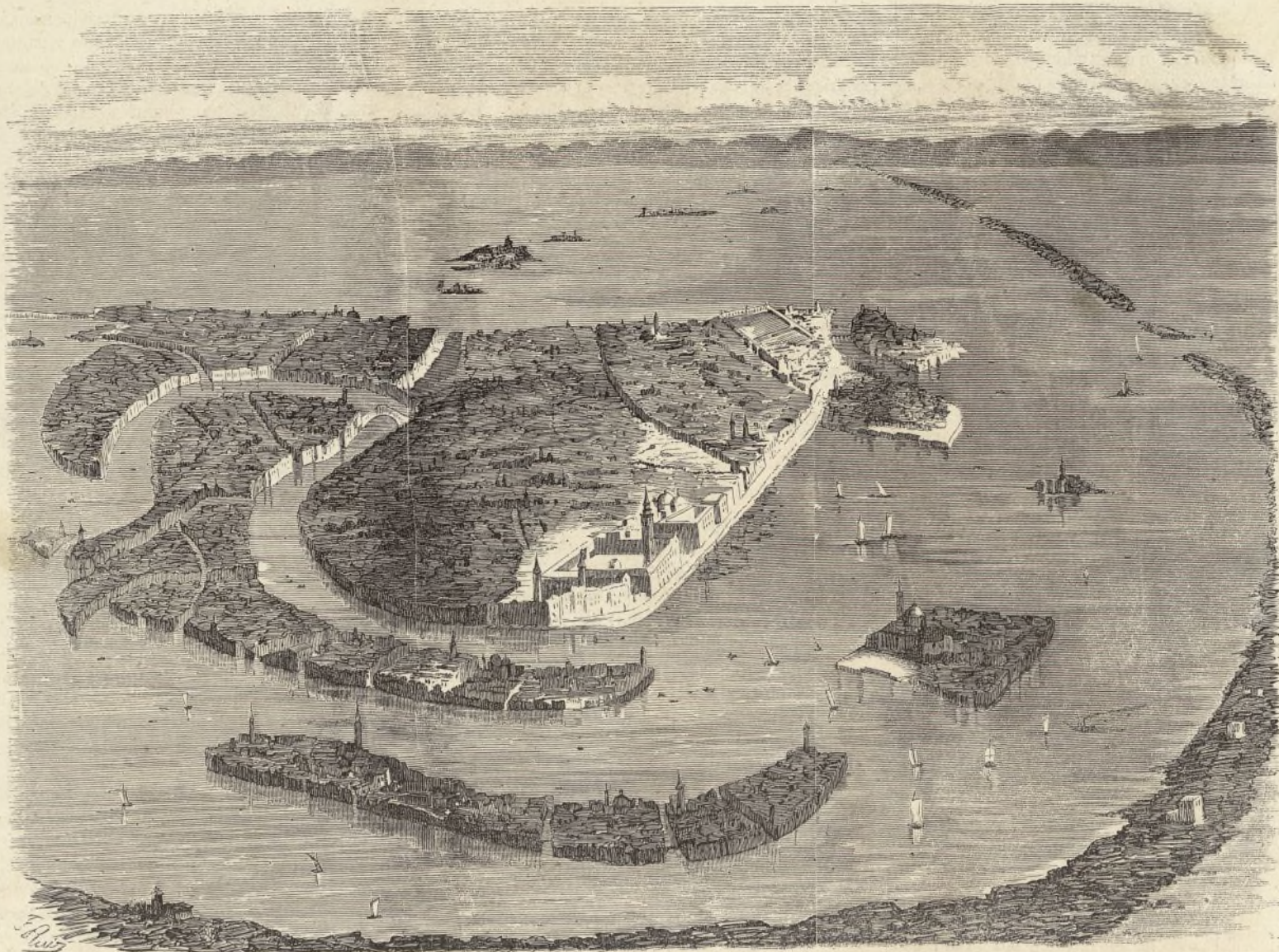
A la noche siguiente, cuando Bruna quiso dirigirse al otro lado del río, halló rota la amarra de su barquilla.

A la inmediata, cuando después de cenar se retiró á su aposento, se presentó el jardinero, que no habitaba en la casa, á suplicarla que le repitiese sus órdenes para el siguiente día, pretestando haberlas olvidado.

A las doce, cuando Bruna quiso salir, halló que por la parte de afuera habían corrido el cerrojo y que estaba encerrada.

—¡Torpe! exclamó llena de cólera.

Pero á la cólera sucedió la desesperación, al conven-



VISTA DE VENECIA.

furia sobre el valle: el trueno inflamaba la atmósfera, la lluvia caía á torrentes.

Una anciana mendiga llamó á la puerta de la casa de Bruna.

Esta se hallaba en su salón entapizado de verde, cuando entró Ursula la criada, que la servía casi de madre.

—Es una pobre vieja enferma, dijo, que pide pasar aquí la noche.

—Que entre, exclamó la joven.

Y al verla calada de agua, ella misma substituyó el andrajoso vestido de la mendiga con uno de sus mejores vestidos; y cuando sirvieron la cena la sentó á su lado en la mesa y la sirvió el primer plato.

Luego la llevó á una estancia apartada, y la hizo acostar en un mullido lecho.

Pero la mendiga no durmió.

Cuando al día siguiente se presentó á Andrea, que así se llamaba la jovencilla instigadora, apretando entre sus descarnadas manos la moneda de plata que la había dado Bruna, pudo revelarla mil pequeños indicios. En la mesa habían hecho plato para una persona invisible. A las doce había oído ladrar los perros y rechinar la puerta del patio. Por la mañana al retirarse había hallado á Bruna hablando con su padre, y había oído decir á este con acritud: «¡Es francés!» «Pero es cristiano», había respondido Bruna con dulzura. ¿Qué nombre le habeis puesto? preguntó el ciego tras un breve silencio. Su hija iba á abrir los labios, cuando descubrió á la mendiga, y se detuvo confusa y avergonzada.

que son frágiles y débiles á nuestra propia semejanza!

¡Y es la mujer, es el alma privilegiada, en la que Dios depositó todo su tesoro de bondad, de amor y compasión, la que así se complace en destruir el reposo ageno, la que cediendo á las sugestiones de una vanidad insolente y pueril, que es el verdadero móvil de su afán, se degrada hasta ese punto, y se envilece!

Pero dejemos las reflexiones. Andrea se forjó una novela con todas las apariencias de la verdad.

Se trataba de un bautizo, y en el pueblo no había habido ninguno; se trataba de un francés, luego el esposo de Bruna no era el padre de su hijo, ni rodearía ella de misterio al legítimo fruto de su matrimonio.

Cuando la joven dió cuenta al consejo femenino de estos interesantes detalles, una matrona recordó indignada que Bruna, algunos meses antes de su casamiento, había ido á Francia para asistir á los últimos momentos de una hermana de su madre, y otra dijo que uno de los oficiales franceses que guardaban las alturas había pedido con mucha insistencia el alojamiento para la casa de Alvarado, en donde efectivamente había permanecido algunos días.

Aquellas severas y virtuosas matronas no podían tolerar este escándalo sin mengua de su propia dignidad, y era preciso adoptar graves medidas. Era preciso desagrar á la moral y á la vindicta pública, tan horriblemente ofendidas.

Por lo tanto expidieron un propio anónimo á Eduardo, y redoblaron su vigilancia.

Aquella noche Andrea estuvo de sentina á junto á la

cerse que sería imposible abandonar el aposento. Llamó, pero no fué oída; la casa era grande, y Bruna, enérgica y valerosa, jamás importunaba á sus criados.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! exclamó la infeliz retorciéndose las manos con desesperación, ¿qué haré? ¿Qué va á ser de la pobre madre! ¿Qué va á ser de nosotros todos! ¡Si pudiera deslizarme por la ventana!...

Se asomó. Nunca le había parecido que estaba á una altura tan prodigiosa. Debajo de la ventana se deslizaban murmurando las tranquilas aguas del río, y era arrostrar una muerte cierta.

Bruna daba vueltas por el aposento como una loca, implorando tan pronto á Dios, tan pronto invocando el auxilio del infierno.

Era cerca del amanecer.

—¡Si pudiese hacer una cuerda con mis sábanas! pensó fuera de sí. ¡Dos días sin verlos! ¿qué será de ellos, Dios mío!... ¡Y si él llegase á venir... si le vieses, todo estaría perdido!

Ejecutó su plan, ató las sábanas á la ventana y se deslizó por ellas. Pero cuando estuvo á la mitad de su peligrosa descension, vió que un hombre se acercaba á nado, mientras otro le aguardaba de pie en la orilla.

Cuando el primero salió del agua, sonaron dos detonaciones, y ambos cayeron al suelo bañados en su propia sangre.

Bruna dió un grito, un velo cubrió sus ojos, sintió que sus dedos crispados abandonaban la cuerda, y cayó al río, cuyas apacibles ondas se abrieron para recibirla.



¡Dichosa ella que no pudo ver la escena que se siguió á esta!

Aquellos dos hombres eran su esposo y su hermano. Apenas se conocían, la oscuridad era completa. Eduardo creyó matar á un rival; Fernando se defendió de su enemigo. Este último era ya cadáver: al otro le quedaban muy pocas horas de vida.

Los soldados franceses acudieron en tropel atraídos por el ruido de las detonaciones.

Voy á daros rápidamente la clave de este enigma, de mí solo conocida.

Fernando, como he dicho, había respondido valerosamente al primer grito de angustia de su patria. Había partido llevándose consigo la bendición de su padre, había peleado en cien combates, había ganado cien victorias.

Un día, la hija de un general francés, muerto en el campo de batalla, cayó en poder de sus soldados; la amó, se casó con ella, pero ¡ay! que su padre le maldijo al saber que su esposa era francesa!

Voló el tiempo... la infeliz estaba en cinta...

Fernando, aunque á riesgo de su vida, concibió un generoso plan: libertar á su país del yugo extranjero y poner á su esposa bajo la salvaguardia de su familia, creyendo que su angelical belleza haría olvidar la sangre que corría por sus venas. Dirigiéronse ambos disfrazados á estos sitios, introdujéronse en la casa paterna; pero Alvarado, en su implacable cólera, los arrojó de su presencia.

Si Fernando era descubierto estaba perdido. Refugióse con su mujer en una cueva oculta en el monte y allí la infeliz dió prematuramente á luz un niño. Bruna y yo fuimos los ángeles de consuelo de aquellos desdichados...

Entre tanto, Fernando recorría disfrazado el país llamando á los paisanos á las armas. Hizo llegar un secreto aviso á Eduardo, su cuñado, que al frente de sus guerrilleros acababa de sacudir el yugo francés en la provincia de Ciudad-Rodrigo. Cuando la campana de San Leonardo tocó á rebato, Eduardo con los suyos debía penetrar en la pequeña península, y á la misma hora todos los habitantes de estos pueblos circunvecinos tomarían las armas y se arrojarían sobre los opresores desprevenidos.

Todo estaba ya dispuesto, faltaba solo la señal.

Pero el comandante francés abrigaba algunos recelos, debidos á los comentarios femeniles: Fernando creyó prudente aplazar la ejecución de su plan por algunos días y permanecer en la gruta para disipar sus sospechas. Bruna iría á verle todas las noches y sería la encargada, cuando él lo creyese oportuno, de dar la señal convenida.

Pero la curiosidad mujeril lo había dispuesto de otro modo.

Fernando era cadáver, Eduardo estaba agonizando. Los franceses los recogieron y los registraron. Halláronlos encima papeles que revelaban todo el plan.

El comandante francés hizo apercibir su tropa, guareció los desfiladeros por donde debían pasar los españoles, y mandó tocar á rebato.

Lo que sucedería entonces podéis presumirlo.

El segundo de Eduardo se dejó engañar por la fingida señal; sus soldados sorprendidos, deshechos, perecieron casi todos, y sus huesos todavía blanquean sobre esos desfiladeros de enfrente.

Pero no bastó este desastre á saciar la cólera del enemigo. Al día siguiente el valle era una inmensa hoguera. Todas las casas de los ricos ardían, y cien cadáveres se balanceaban allá abajo, en esas llanuras enrojecidas por el resplandor de las llamas...

Y al incendio se juntó el saqueo, y los enemigos, como tigres hambrientos, ni aun respetaron los altares, ni aun respetaron los vasos sagrados de mi pobre iglesia...

¡Qué más queréis que os diga?

Eduardo y el ciego inflexible perecieron... Cuando yo pude volar á la gruta, hallé á la infeliz viuda de Fernando con su niño difunto entre los brazos... ¡Había muerto de hambre!

¡Veis aquella viejecilla que está sentada debajo de un árbol en el camino real? Pues es Andrea que pide una limosna...

La maledicencia es á veces una espada de dos filos, que hiere al mismo que la empuña.

Calló el anciano y se cubrió el rostro con las manos. Durante largo tiempo nadie se atrevió á interrumpir el silencio.

¡Cuando volvimos á proseguir nuestro camino, rogamos ardientemente á Dios que aquel recuerdo no se borrara jamás de nuestras almas!

ANGELA GRASSI.

## VENECIA.

Allá cuando las hordas del *Azote de Dios* se desplomaban sobre Italia, muchas familias italianas, ó mejor dicho, pueblos enteros, abandonaron el territorio de Pádua, llamado entonces *Venetia prima*, y se trasladaron á lo que después se denominó *Venetia secunda*, que era el conjunto de islas y lagunas situadas enfrente de aquella ciudad; pasado el peligro, no todos los fugitivos volvieron á sus antiguos hogares, antes bien muchos de ellos, deseosos de evitar el yugo de Pádua, se constituyeron en Estados democráticos, formando todos los islotes una especie de federación, cuyos intereses comunes se ventilaban en una Asamblea general.

Los lombardos en 712 reconocieron la independencia del Estado de Heraclea, cabeza entonces de toda la federación; pero un siglo después fué destruida esta ciudad por Pepino, trasladándose el gobierno á Rialto, que vino á ser la capital del Estado. Esto sucedía en el año 809. Magníficos puentes unieron á Rialto con los islotes que la rodean, y abandonando su antiguo nombre tomó el de Venecia, es decir, el de toda la confederación. Tales son los orígenes de esa república, la más poderosa de todas las de Italia, y cuya influencia compitió en la Edad-media con la de las mayores naciones.

Venecia, poblada por 120,000 habitantes, está, pues, edificada en medio de las lagunas á que da nombre sobre más de 100 islas reunidas por 360 puentes. Vista desde cierta distancia, presenta el aspecto mas pintoresco que puede imaginarse, con sus cúpulas, sus iglesias, sus pirámides, sus monumentos, que parecen flotar en la superficie de las olas. No en balde se llamó esta ciudad la reina del Adriático; parece en efecto que le domina y se mira en él como en magnífico espejo. Sus canales están surcados á todas horas por multitud de vistosas góndolas; su clima apacible, su cielo despejado, sus noches serenas, sus palacios, sus pórticos, hacen de ella una mansión de placeres.

La alianza de Venecia era ambicionada y de ella ha podido con razón decir nuestro gran poeta Zorrilla:

.....—Venecia, la dueña opulenta  
De antiguos y nobles, y libres blasones,  
Venecia, la hermosa, la villa que cuenta  
Que á sueldo tenía soberbias naciones,  
Señora del mar.  
Que cuenta que un día imperios y reyes  
Su gala envidiaron, su nombre temieron,  
Y el mar y la tierra besaron sus leyes.  
Y enviáronle buques, soldados la dieron,  
Porque ella supiera batirse y triunfar.

En efecto, no hubo en la Edad-media empresa importante en que Venecia no tomase una parte muy activa.

En artículos sucesivos iremos describiendo y reproduciendo los bellísimos monumentos que Venecia encierra; pero no podremos menos de hacer mención de dos, los más importantes: la basílica de San Marcos y el palacio del Dux.

La basílica de San Marcos, obra del estilo bizantino, está coronada de siete torres; su fachada se compone de cinco grandes arcos en líneas como los de un puente. En la balaustrada figuran cuatro caballos de bronce que se atribuyen al célebre estatuario Lisipo. Su historia no deja de ser curiosa. Neron los llevó desde Corinto á Roma, Constantino los condujo á Bizancio, y cuando los venecianos tomaron en el siglo XIII esta ciudad, siguieron á los vencedores á Venecia. Napoleon los llevó á Paris y por algún tiempo figuraron en el Carrousel; pero en 1815 los devolvió Austria á Venecia. El interior de la Iglesia está revestido de mosaicos con fondo de oro. El pavimento forma varias divisiones donde se ven animales, árboles, geroglíficos hechos con piedras de diversos colores. San Marcos ocupa uno de los lados de la famosa plaza de este nombre, los demás se hallan formados por una serie de pórticos.

El palacio del Dux tiene elevados muros adornados caprichosamente de mosaicos repartidos en varias divisiones. El edificio descansa sobre dos gruesos pilares, y se halla coronado de grotescas figuras. La entrada principal conduce á un inmenso patio poblado de estatuas de mármol donde Ciceron y Marco Aurelio hacen compañía á Adán y á Eva. En este palacio estaba en sus buenos tiempos compendiada Venecia. Era la morada del Dux, la reunión de los consejos y el centro de todas las oficinas. Las menos importantes ocupaban el piso inferior, las demás se elevaban por grados según su dignidad y poder hasta el último piso donde se sentaba el triunvirato de los inquisidores del Estado. De nadie, ni aun de sus parientes, eran vistos mientras duraban sus funciones; solo los misteriosos ejecutores de sus órdenes tenían comunicación con ellos. Los presos del Estado eran colocados

en las más altas cámaras del palacio ducal, inmediatamente debajo del techo de plomo, de donde les vino su nombre. En aquellos sitios apenas podía permanecer de pie un hombre y el calor acababa con los desgraciados que allí gemían. Había además las prisiones llamadas *Pozos*, separados del palacio por un puente, que con harta razón se llamaba *Puente de los Suspiros*; aquellos calabozos eran subterráneos.

Víctor Hugo en uno de sus más interesantes dramas, ha dado vida con el encanto de su pluma al gobierno que se albergaba en el edificio que hemos descrito.

NICASIO ALVAREZ.

## ESTUDIOS ZOLÓGICOS.

### EL GORILLA.

En el centro del Africa ecuatorial, en sus interminables llanuras pobladas de inmensos lagos y pantanos, y cruzadas por caudalosos é ignorados rios, en sus montañas de granito calcinadas por el ardiente sol de aquellas latitudes, ó cubiertas por sombríos bosques de apiñados, seculares y gigantescos árboles, en aquellas soledades vírgenes, reside como monarca absoluto el gorilla, especie de mono feroz é indomable, y que por su configuración física, por sus dimensiones y sus costumbres es la que mas se aproxima en semejanza al hombre.

El gorilla, con su ferocidad indomable, es el terror de los cazadores indígenas, el león de aquellas salvajes y majestuosas comarcas. Reside generalmente en los sitios mas sombríos y solitarios, prefiriendo los valles muy frondosos ó las alturas mas escarpadas; abrigase tras un peñasco y procura que éste se halle próximo á algun manantial.

El gorilla, es un animal nómada, y que no permanece dos días en el mismo sitio: esto puede explicarse por la gran cantidad de alimento que necesita, y porque siendo exclusivamente frugívoro, agota fácilmente los lugares mas fecundos en frutas, semillas y hojas de anana.

Hállasele constantemente en el suelo, pues si alguna vez trepa á los árboles, lo hace impulsado por el hambre, para coger frutas y hojas tiernas. Además, basta considerar sus gigantescas dimensiones, para comprender que su pesadez y su mole le impiden saltar de rama en rama, ni de árbol en árbol, como hacen los monos pequeños.

El gorilla prefiere á cualquier otro alimento la caña dulce, el jugo blanco de las hojas de las ananas y una especie de nueces, tan duras, que para cascarlas, á pesar de su prodigiosa fuerza, necesita hacer uso de una piedra, manejándola á guisa de martillo.

Y sin embargo, las mandíbulas del gorilla tienen tal fuerza, que se les ha visto morder, aplastar y romper el cañon de un fusil.

Es cierto que el gorilla pequeño trepa á los árboles y pasa la noche en ellos, huyendo de las fieras; pero el adulto busca una piedra, y se sienta de modo que apoya en ella la espalda; esta es la causa de que se le caiga el pelo del espinazo. Nunca se los encuentra reunidos en mayor número de dos, macho y hembra, si son adultos: otras veces suele tropezarse con algun macho solitario; estos son los peores, los más fieros y más temibles. Muchas veces sucede el encontrar toda una familia compuesta del padre y de la madre, y de tres, cuatro ó cinco gorillas pequeños.

El gorilla tiene un oído tan sutil, que es muy difícil acercarse á él sin que lo note; cuando son pequeños huyen rápidamente por entre los matorrales y los pliegues del terreno, lanzando gritos de terror.

El adulto es muy feroz, y ocurre frecuentemente pasar todo el día persiguiéndole, pisando sus recientes huellas, interin que él solo trata de evitar el encuentro. Pero si la casualidad dispone que el cazador y el gorilla, el hombre y la fiera lleguen á encontrarse cara á cara, entonces no hay que contar conque el monstruo ceda el terreno sin luchar. La lucha es inevitable y es decisiva; no hay mas remedio que matar ó morir.

El gorilla no articula otros sonidos, sino una especie de ladrido muy agudo; y el rugido formidable de que hemos hablado, cuando ataca ó es atacado.

El gorilla no hace uso de mas armas ofensivas que sus tremendos brazos, á pesar de que en una lucha podrían serle muy útiles sus terribles dientes.

Los indígenas, sin embargo, aseguran que se vale de los dientes cuando incitado por la cólera y la lascivia, lucha con otro de su especie, disputándose la posesion de una hembra.

Debe ser un espectáculo tan magnífico como terrible la lucha de esos dos monstruos, cuya fuerza excede á toda ponderación.



Los negros del interior son muy aficionados á la carne de *gorilla*; los que habitan en las costas la repugnan, y algunas tribus de aquellos se abstienen de comerla influidos por una superstición. ¡Se consideran descendientes de un *gorilla*!...

Esto demuestra que el citado animal es, entre todos los conocidos hasta el día, el más parecido á la criatura humana. La estatura de los machos, siempre algo mayor que la de las hembras, varía desde cinco pies y dos pulgadas; pero como nunca pueden ponerse enteramente derechos por la gran pesadumbre de su inmenso cuerpo, y marchan un tanto inclinados hacia delante, el aspecto de los mayores es de cinco pies y nueve pulgadas.

El color de la piel del *gorilla*, piel tan gruesa como la del buey, es negro, siendo más oscuro en la cara, en las palmas de las manos y en el pecho. El pelo de su piel es de un color gris hierro; el de los brazos es más oscuro y suele tener dos pulgadas de largo: á medida que envejecen se vuelven grises. El pelo de la parte superior de la cabeza, desde la frente al cuello, ó adonde debía nacer el cuello, es corto, de un color negro-rojizo. Machos y hembras tienen el pecho pelado.

El *gorilla* tiene los ojos muy hundidos, particularmente si es macho, y la enorme salida del arco de las cejas da á su semblante un aspecto aun más siniestro y feroz. Su boca es muy ancha, los labios, cortados rectamente, carecen de bordes rojos como en las personas; sus quijadas son de una anchura y de una fuerza tremendas. Los gruesos dientes caninos del macho, que aparecen torcidos y puntiagudos cuando en sus excesos de rabia abre la boca y deja ver la enorme cavidad de su garganta, aumentan la ferocidad de su aspecto.

Tal es el monstruo que representa con suma exactitud nuestro grabado, y cuya descripción debemos al intrépido viajero Pablo Chaillú, único que se ha atrevido hasta ahora á penetrar en los desiertos africanos.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

## REVISTA QUINCENAL.

Causas ajenas á nuestra voluntad nos han privado, amables lectoras, de comunicar con vosotras nuestras impresiones hace ya muchos meses; pero como no habíamos renunciado á tan grata tarea, la emprendemos hoy de nuevo, con mucho placer de nuestra parte, y esperando indulgencia de la vuestra.

La época para comenzar nuevamente las revistas quincenales no tiene nada de oportuna, porque habiendo terminado sus tareas los principales teatros de verso, cerrados los aristocráticos salones, donde la buena sociedad se renne durante el invierno, y debiendo comenzar muy pronto la emigración veraniega, no son muchos los asuntos interesantes que podremos reseñar; mas aun así procuraremos amenizar estas líneas lo mas que nos sea posible, comenzando por la sección de espectáculos de actualidad.

Tres son los Coliseos que hoy se disputan el favor del público, á saber: Circo de Madrid, Teatro de la Zarzuela y Circo de Price.

En el primero, el mundo elegante femenino ha lucido sus gracias y sus galas, y los *virtuosii* han pasado horas agradables escuchando la buena música de los grandes maestros en las sucesivas representaciones de *Roberto*, *La Generentola*, *Rigoletto*, *Trovador* y *Favorita*, con más el estreno de una ópera de gran espectáculo, *Jone*, que si bien no ha llenado los deseos de todos, siempre es una obra nueva, y sabido es el encanto que tiene un estreno para la buena sociedad madrileña.

Además, si las promesas se cumplen, si las esperanzas se realizan, Tamberlik cantará el *Otello*, y tambien se pondrá en escena *Saffo*, con lo cual la temporada del Teatro-Circo de Madrid no podrá ser más completa.

No menos brillante ha sido la campaña hecha por la compañía del elegante Coliseo de Jovellanos, en donde la simpática Elisa Volpini ha recogido numerosos y merecidos lauros, así como todos sus compañeros, dejando en Madrid gratos recuerdos, y muchos deseos de volver á escucharla y aplaudirla.

El Circo ecuestre no ha estado hasta la fecha tan favorecido como los años anteriores, tanto por lo que se ha retardado el calor, como por la poca novedad que ofrecían los trabajos de la *troupe* que forma la compañía dirigida por Mr. Loyal; pero tan pronto como las noches han comenzado á estar agradables y los carteles han anunciado nuevos artistas, la animación se ha dejado sentir en el espacioso Circo; y hoy, mientras no comienzan los conciertos y funciones dramáticas en los jardines del Buen Retiro, continuará favorecido, en particular los días festivos y las noches de moda.

El Salon Eslava y el teatro de la Alhambra, aunque no tan aristocráticos, son tambien dos sitios de recreo, en donde se pasa agradablemente el tiempo, ya escuchando piecitas dramáticas de más ó menos mérito literario, pero de buenas formas; ya riendo con los festivos chistes de las piezas cómicas y bufas que como *El Camaleón* dan asunto para entretenerse unas cuantas horas.

Este es, amables lectoras, el catálogo de diversiones que hoy ofrece la corte, con más los paseos vespertinos del Prado y Recoletos, y los matutinos en el Retiro, la Casa de Campo, la Moncloa y el Campo del Moro, en donde se toma buena leche de vacas, aromático chocolate y sabrosos bollitos, acompañado todo esto de perfumadas

y frescas brisas, y de esas mil armonías que forman el variado y rico concierto conque la naturaleza rinde gracias al Criador de todas las cosas.

Terminada esta ligera reseña de lo que constituye hoy el movimiento recreativo, digámoslo así, de la vida de la corte, vamos ahora á echar una mirada retrospectiva sobre los últimos días de la temporada cómica, por ser este asunto que siempre hemos tratado en el CORREO con particular atención.

Ya fueran escasas las peripecias por que atravesaron los dos principales teatros de verso, *Español* y *Circo*; pero tampoco han sido de las menos brillantes las campañas que han llevado á feliz término, merced á la laboriosidad y constancia de las dos empresas. En el *Español*, la última temporada ha dado al engaste de la opinión pública, dos perlas literarias, pues tales pueden considerarse, por mas que sean de estilo muy diferente, el drama de los Sres. Ketes y Echavarría, *Doña María Coronel* y la comedia del joven escritor D. Luis Calvo *Amar á ciegos*. Habiendo ya pasado sobre ambas la piedra de toque de la crítica hecha por plumas autorizadas, nosotros queremos hoy olvidarnos de los pequeños lunares que las dos pueden tener, para recordar solo sus bellezas, y los ratos agradables que han proporcionado al público. Otra obra nueva alternó con estas en la última etapa del Príncipe; pero esa degemósla dormir el sueño del olvido, y quizás nos lo agradecerá el autor de *Girasoles* y *Violetas*. Por último, las repetidas representaciones de *La Vida es Sueño* cerrarán felizmente la temporada, teniendo hoy nosotros la satisfacción de consignar en estas líneas que, según nuestro pobre juicio, en el teatro Español han sido en mayor número las buenas producciones representadas que las medianas y las malas, cosa que no podría decirse de todos los teatros en estos últimos años.

En el Circo de la plaza del Rey, en donde actuaba la perla de la escena española, y que además estuvo dirigido por el Sr. Catalina, en cuyo asunto no reconozco rival, no han sido muchas las novedades que se han puesto en escena; pero estas pocas han merecido especial favor del público, sobre todo las comedias de costumbres *La Feria de las mujeres* y *La Mujer compuesta*, pudiendo decirse que al Sr. D. José Marco le corresponden los honores de las dos últimas temporadas cómicas del Circo, así como la primera fué del eminente García Gutiérrez, y del bien reputado Enrique Gaspar, aquel con su drama *Nobleza obliga*, y este con su comedia de costumbres *Los Niños grandes*. En el Circo de la plaza del Rey, es verdad que se han puesto muchas obras ya conocidas; pero tambien lo es que la elección ha sido acertada. En fin, el primer paso está dado: en el último invierno ya no hemos tenido *Bufos* como primer espectáculo, y las empresas de los dos principales coliseos han hecho laudables esfuerzos para que el arte salga de la postración en que yace, sacrificando quizá hasta sus más caros intereses; y por lo tanto, si alguna vez se han equivocado poniendo en escena obras de dudoso mérito, no por ello merecen una severa censura, y como nosotros pensamos indudablemente nuestros discretos lectores.

El movimiento literario, al que siempre dedicamos algunos párrafos de nuestra revista, es hace algun tiempo tan escaso, que está reducido al tercer tomo de los *Cuentos de Salon*, y algunas novelitas traducidas de las que publica *La Biblioteca de instrucción y recreo*, con más una novela original del conocido y popular Fernandez y Gonzalez, titulada *El algibe de la gitana*, de la que hemos leído algunas páginas que revelan, como todas las de su autor, la riqueza y fecundidad de imaginación, que es su principal dote.

En esta última producción del escritor andaluz, hemos encontrado además rasgos delicados, y menos escenas de taberna de las que suelen bordar sus producciones.

Al decir que el movimiento literario es escaso no queremos consignar con esto que no se publiquen libros; pero tales son algunos de ellos que no merecen el nombre de literatura, en cuyo caso vale mucho más que nuestras bellas lectoras entretengan sus ocios volviendo á leer esas obras de reconocido mérito, cuya lectura es siempre agradable, provechosa é instructiva, por más que no sea nueva. En la elección de buenos libros, de esos fieles amigos de todas las edades, es en donde mas se distingue el delicado tacto de la mujer, y sobre todo de la madre de familia; porque los buenos libros ayudan á formar el corazón, desarrollando en él los instintos generosos, que son el más rico patrimonio de la primera juventud; así como las lecturas perniciosas pueden torcer las ideas y secar las fuentes del sentimiento; y nada es tan triste como ver una alma joven y gastada por la desconsoladora filosofía de las malas lecturas.

SOFÍA TARLITAN.

## LA MARQUESA DE SENÁS.

No más alegría, festines, ni bailes brillantes en la casa de Senás. A la flor de su edad, colmada de todos los dones reunidos, del nacimiento, de la fortuna y de la belleza, la marquesa de Senás languidece entregada á una enfermedad dolorosa, que destruye todos los cálculos, que agota todos los raudales de la ciencia. Héla ahí tendida sobre su lecho de agonía, pálida, con los ojos helados, luchando contra la muerte: ya no se puede decir: ¡Esta fué una rosa!

Más ella no se queja contra los designios inmutables de Dios; ella se inclina con resignación bajo la mano que la hiere. ¡Ah, es tan hermosa la vida! ¡Separarse bruscamente de un esposo querido, morir cuando iba á ser madre, cuando llevaba en su seno un hijo de su pura raza. Si al menos este niño tan deseado, tan amado, hubiera venido al mundo, ella bajaría á la tumba sin pesar, porque su destino se habría cumplido, porque habría sido esposa y madre.

¡Oh, cómo lastimaban estas ideas cruentas el corazón del marqués de Senás; cómo gemía sobre esta doble exis-

tencia que la muerte iba á arrebatárle á la vez; porque el infeliz había perdido ya toda esperanza y no oponía resistencia á la desgracia; contemplaba con aire sombrío los progresos del mal: algunas horas más tarde habrá perdido á su mujer y á su hijo.

La religión lleva consigo sus consuelos sublimes, llega para ennoblecer la muerte y ayudarnos á emprender el camino de la eternidad. Su compañía ha endulzado los últimos momentos de la moribunda, y ha hecho menos penosa al marqués la amarga despedida, porque para el cristiano el postrer *adios* no significa más que *hasta la vista*, y es el preludio de una inmortal reunión.

Esto sucedió en efecto. El canto fúnebre ha comenzado; un anciano sacerdote, que años atrás echó el agua del bautismo sobre la frente de la marquesa, ha pasado la noche rezando junto al cuerpo frío y yerto, al cual la parca no ha podido arrebatár su gracia y su belleza; al anoecer comienzan las ceremonias de los funerales. La parroquia de Santa Magdalena está colgada de terciopelos negros sobre los cuales brillan estrellas de plata. Los cantos han cesado; bajan el ataúd al panteón destinado á conservar los restos mortales de los Senás. La multitud se dispersa. Algunos pobres que la marquesa socorría, vienen á arrodillarse delante del panteón y á rogar por su alma. Por fin, llega la noche, las puertas se cierran y el silencio reina en la iglesia de Santa Magdalena, en donde una lámpara que arde delante del altar mayor, brilla vacilante sin disipar las tinieblas con sus opacos rayos.

¡Quién es ese hombre que avanza lentamente, andando de puntillas sobre las losas del pavimento, como si temiera á cada paso despertar un eco? Es el sacristán de la parroquia de Santa Magdalena. Por la mañana había visto en la mano yerta de la marquesa de Senás una sortija, enriquecida de brillantes: esta joya ha despertado su codicia: para satisfacerla va á profanar la santidad de los sepulcros.

Se inclina sobre la lápida del panteón, la abre con esfuerzo, el recuerdo de la sortija estimula su energía; salta rápidamente los peldaños de la fúnebre escalera, y se detiene delante del ataúd; abre la tapa, levanta el sudario, su corazón no palpita, ni le arredra ningún sentimiento de temor. Los diamantes que brillan en la oscuridad del panteón, trastornan sus sentidos.

Ya toca, por fin, el objeto de sus ardientes deseos, para el cual ha arrojado todos los peligros; pero un obstáculo invencible le impide apoderarse de él; el dedo de la marquesa, prodigiosamente hinchado, no le permite sacar la sortija. El sacrilego se esfuerza y fatiga inútilmente: su codicia exacerbada, con el contacto de los diamantes, le inspira una horrible idea. ¡Qué importa, murmura con tono sombrío, una mutilación sobre un cadáver?

Dicho esto, se arma de un largo y afilado cuchillo, con el cual hiere á la marquesa: la violencia del golpe y del dolor, disipa el letargo profundo en que esta se hallaba sumida, comunicándole las apariencias de la muerte; da un grito y se levanta del ataúd.

Aterrado el sacristán cree que el cielo le castiga por su criminal intento, y huye dejando caer su cuchillo.

Entre tanto la marquesa procura reunir sus recuerdos y echa á su alrededor miradas atónitas. Poco á poco comprende todo el espanto de su situación; ve que es de noche, que se halla en el fondo de un sepulcro y envuelta en un sudario. Sintióse desfallecer; pero de pronto se acuerda del hijo que llevaba en sus entrañas, y la parece sentir un ligero movimiento. ¡Hijo mío! grita, y la sangre circula por sus venas. Se prosterna llena de júbilo, y dirige á Dios una ferviente súplica: en seguida más sosegada pone sus pies desnudos sobre el suelo húmedo y helado. El cuchillo que debía servir de instrumento al crimen, la sirve para desgarrar el sudario, despues se apresura á salir del panteón y de la iglesia; la puerta que en su turbación el sacristán había dejado entreabierta, le presenta el camino libre.

Por fin respira el aire puro y siente que renace á nueva vida. Las calles están sombrías y silenciosas, apenas iluminadas de trecho en trecho por las lámparas que arden delante de las imágenes; pero el sentimiento maternal la guía en medio de las tinieblas. Por fin llega á su casa, llama á la puerta, abren, pero aterrado el criado al ver delante de sí aquella fantasma, deja caer la luz. La marquesa no le atiende, sube, atraviesa las habitaciones y se precipita en la del señor de Senás...

¡Cómo pintar sus explicaciones entrecortadas de lágrimas y de acciones de gracias! Habían pasado cuatro meses despues de este suceso, cuando la marquesa dió á luz un niño, que hizo á su esposo padre de familia, y del cual el pueblo aviñonés decía en su lenguaje:

El señor de Senás esclarecido,  
que fué enterrado antes de haber nacido.

## Explicación del Figurin 1050.

Fig. 1.ª *Traje de desposada*.—El vestido, de tafetan, es muy largo y está adornado con un ancho volante rizado, encima del cual cae otro de encaje sujeto con una ruche de tafetan. El cuerpo de aldetas plegadas, forma por delante chaleco. Las mangas, abiertas hasta el codo, van adornadas con una ruche y un volante de encaje. El velo, muy largo por atrás, se levanta á cada lado sostenido por un ramo de azahar. Ramos iguales adornan el pecho y las mangas, y una corona de azahar realza el cabello.

Fig. 2.ª *Traje de visita*.—Vestido de seda azul. Un ancho volante fruncido, y encima otros dos rizados, forman el adorno de la primera falda.

La segunda, muy larga por delante, se levanta por atrás en pouf, adornada con un encaje y una rica pasamanería de crochet. El cuerpo de largas aldetas tiene un pliegue Wateau. Las mangas, ajustadas, llevan un volante de la tela, adornado de dos órdenes de encaje y pasamanería. El sombrero, cerrado, de seda azul, está adornado con una pluma azul y otra color de paja.





## PARA LA TOS.

La opresion de pecho y la tós, se combaten de un modo maravilloso con la siguiente receta.

Se hace una disolucion compuesta de una tercer parte de sal de nitro, una tercera parte de estramonium y otra tercera de belladona: se toma un pliego de papel de estraza, y cuando está mojado se saca y se deja secar en una habitacion seca y cerrada.

En el momento en que la opresion molesta al enfermo se toma una hoja del papel así preparado, y se quema cerca del lecho ó del sillón de la persona que sufre, con lo que sentirá un gran alivio.

\*\*

## PASTA DE ALMENDRAS CON MIEL.

Se deslie en un mortero un poco de aceite de almendras amargas con tre-cientos setenta y cinco gramos de buena pasta de almendras dulces, procurando que no se ponga muy clara. Se añaden seiscientos veinticinco gramos de buena miel, y se agitan estas diversas sustancias para que se mezclen. Se añade una docena de yemas desleidas en seis cucharadas de aceite de almendras amargas.

Despues de bien hecha la pasta se agregan doscientos cincuenta gramos más de aceite de almendras amargas, y se sigue moviendo hasta que la pasta se desprenda bien del mortero.

## CORRESPONDENCIA.

*Una joven modesta.* — Toledo. — Alterne usted los volantes malva con otros de foulard negros; sobre el cuerpo deslucido malva de mangas largas, ponga V. una chaquetilla con aldetas de foulard negro. Un dolman negro, bordado con soutache malva para salir á la calle, y un sombrero de ambos colores, trasformarán completamente el antiguo traje en otro moderno y de buen gusto.

*Entre los bosques.* — No, mi dulce niña, no basta con socorrer á los necesitados dándoles algunas monedas de oro, esto no deja santamente satisfecha el alma; es preciso darles nuestro tiempo, nuestros cuidados, nuestros consejos y esas palabras consoladoras que á veces valen más que los beneficios materiales. Solo mezclando nuestras lágrimas con las del afligido, es como experimentamos esa inefable dulzura que dimana de la caridad y que es un bálsamo precioso para nuestras mismas penas.

*S. O. Barcelona.* — Los guantes blancos ya no se llevan; los guantes color de paja, pasan fácilmente de moda; el *non plus ultra* es un medio color gris muy claro para reunion, y gris perla para las visitas y el paseo. Lo mejor es adoptar un color y llevar siempre el mismo. En verano lo que más se lleva son guantes de Suecia, color de gamuza, porque se limpian fácilmente.

*La Pasionaria.* — Es verdad: triste es la posicion de la mujer que queda sola en el mundo, sin más amparo que la familia de su hermano que ha dejado de ser la suya; pero es preciso hacer de la necesidad virtud. La vida es una verdadera batalla, y en todos los estados hay víctimas y mártires. Procure V. oponer á los caprichos de su cuñada, á la intolerancia de su hermano una digna moderacion, y concentre todo el cariño de que está ávida su alma en esas inocentes criaturas que serán los ángeles intermediarios en sus mútuas desavenencias. La paciencia y la resignacion, es lo único que puede trasformar, en apacible, sino alegre, la vida más acerba.

*F. M. Badajoz.* — Para paseo no se llevan las esclavinas de tul sin cuerpo alto. Para traje de desposada es preferible el foulard á la alpaca.

*Una joven coqueta.* — El mejor modo de preservar el cutis es el de llevar siempre, cuando se sale al campo, un velo de gasa inglés. En vez de sofocar como V. cree, preserva contra el calor.

En cuanto al color, es preferible el azul ó el marrón; el verde hace sospechar alguna enfermedad en los ojos, y el violeta y el negro no hacen favor á la cara.

*Una madre.* — Delantales de tela cruda bordados con soutache encarnado.

*C. O. Sevilla.* — Es preciso acostumbrarse, y acostumbrar sobre todo á los niños, á que en las conversaciones más

las sustancias en polvo, y despues se tiñe con un poco de cochinilla para darle un color rosado, y se usa como el polvo de arroz.

*J. N. Córdoba.* — Es muy fácil lavar los sombreros de paja. Se toma un pedazo de jabon ordinario, se frota en un pedazo de lana empapado en lejía hasta que hace espuma, y entonces se lava el sombrero, que debe estar descosido y extendido sobre una tabla, concluyendo con pasar por encima un pedazo de lana empapado en agua natural, y luego un lienzo bien seco.

Despues se pone en el fondo de una caja ó barrica, una piedra ó una placa de metal, se echa sobre ella azufre y se enciende, se suspende el sombrero en la caja y se cierra, dejándolo así por espacio de media hora. La operacion se termina poniendo un papel blanco encima de la paja y pasando por encima una plancha caliente.

\*\*

Soluciones á la charada inserta en el número 19 del CORREO, correspondiente al 18 de Mayo, y que no se han recibido á tiempo, por D.<sup>a</sup> Aurea Cibeira, doña Dolores Romany de Albi, D.<sup>a</sup> Soledad Trasierra y D.<sup>a</sup> Gertrudis Villanueva.

\*\*

Soluciones á la charada inserta en el anterior número literario, por D.<sup>a</sup> Carmen Fernandez, D.<sup>a</sup> Teodora Rodriguez, D.<sup>a</sup> Francisca Gamindez, D.<sup>a</sup> Nemesia Salvatierra, D.<sup>a</sup> Gerónima Toledo, doña Rosario Buendia, D.<sup>a</sup> Jacinta Gonzalez, y los Sres. D. Genaro Entrada, D. Gumersindo Albeniz, D. Nicasio Villamediana y D. Vicente Gomez, Sócrates y el niño Ricardo Cortés y Velasco.

FERIA.

## CHARADA.

3 SÍLABAS.

Blanca como la nieve  
Es mi primera,  
Que unida á la segunda  
Brilla y blanquea;  
Pero formando  
Una cosa que tienen  
Mozos y ancianos.  
Si la segunda junto  
Con la tercera,  
La inconstancia del tiempo  
Me representa.  
Y sin ser raro,  
A la tercera sigo  
Su curso vario.  
Componiendo mi todo  
Un lugar santo,  
Que recuerda sucesos  
Muy venerados.  
Más te diria,  
Pero lo dicho basta,  
Y así adivina.

GERÓNIMO COUDER.

(La solución en el próximo número literario.)

## ADVERTENCIA.

La empresa del CORREO DE LA MODA, de acuerdo con la que publica en Cádiz el interesante periódico *Las Buenas Novelas*, notable por todos conceptos, ofrece á sus abonados, que quieran suscribirse á las dos publicaciones unidas, una notable rebaja en sus precios, que son como sigue:

## PROVINCIAS.

EL CORREO DE LA MODA. Edicion de Lujo con *Las Buenas Novelas*, que reparte cinco números al mes, equivalentes á 40 entregas, de las que comunmente se publican, ilustradas con profusion de magníficos grabados, que hacen su lectura mucho más interesante y recreativa, y una lindísima pieza de música para piano.

Por 1 año.... 180 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 92 " " "

" 3 meses. 48 " " "

EL CORREO DE LA MODA, Edicion económica con *Las Buenas Novelas*. Por 1 año.... 10 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 64 " " "

" 3 meses. 34 " " "

## MADRID.

EL CORREO DE LA MODA, Edicion de lujo, con *Las Buenas Novelas*. Por 1 año.... 156 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 80 " " "

" 3 meses. 42 " " "

" 1 mes... 17 " " "

EL CORREO DE LA MODA, Edicion económica, con *Las Buenas Novelas*. Por 1 año.... 108 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 56 " " "

" 3 meses. 30 " " "

" 1 mes... 13 " " "

Los señores suscritores al CORREO DE LA MODA que deseen adquirir todo lo publicado de *Las Buenas Novelas*, podrán adquirirlo á razon de 36 rs. al año.

Las Sras. Suscritoras á la Edicion de lujo recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872. — Tipografía de G. ESTRADA, Hiedra 7.



EL GORILLA.

familiares usen términos propios y cultos, sin apartarse jamás de las reglas gramaticales.

*Una viuda.* — La ocupacion es el mejor antidoto contra la tristeza. Supuesto que no debe V. y no puede ir á buscar distracciones fuera de su retiro, búsquelas V. en la lectura y en las labores, embelleciendo de este modo su soledad y acelerando el curso de las horas.

*M. O. Gerona.* — Hé aquí una excelente receta para blanquear el cutis y hacer desaparecer las pecas y manchas del rostro.

Pasta de almendras dulces en polvo muy fino. . . . .	1	kilógramo.
Harina de centeno. . . . .	600	gramos.
Fécula de patata. . . . .	600	"
Aceite de jazmin. . . . .	50	"
Aceite de flor de naranja. . . . .	50	"
Aceite de rosas. . . . .	50	"
Bálsamo negro del Perú. . . . .	40	"
Esencia de rosas. . . . .	65	"
Esencia de canela fina. . . . .	65	"

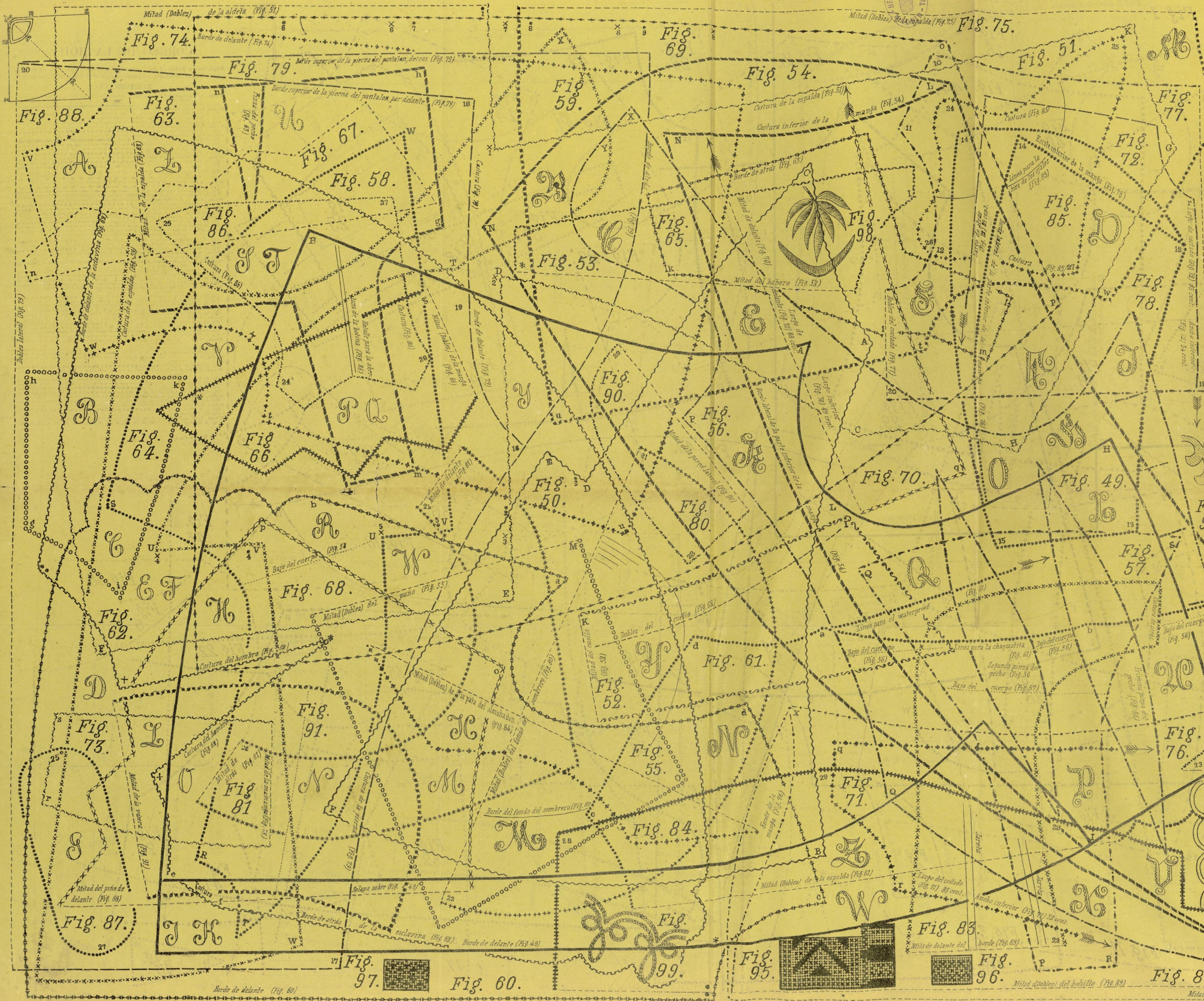
Se mezclan primero las esencias y los aceites; se añaden

Ayuntamiento de Madrid









Explicación de 14 patrones cuyos grabados aparecen en el número 24 correspondiente al 20 de Junio, y varios dibujos de bordados.

**REVES.**

Núm. XX. — Chaqueta con solapas para el traje Laura, graduada en 1 y 10 del período.

Molida de la mitad del molero, 30 cent. del ancho superior del tallo.

Fig. 74. Delantero (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 75. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 76. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 77. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 78. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 79. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 80. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 81. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 82. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 83. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 84. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 85. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 86. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 87. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 88. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 89. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 90. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 91. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 92. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 93. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 94. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 95. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 96. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 97. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 98. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 99. Costado de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).